

SOLILOQUIO DEL VIEJO AURIGA

PSEUDÓNIMO: URBANELLI

No sé si es fatiga o falta de voluntad lo que provoca que esta carcasa de huesos viejos que recubre mi cuerpo adquiriera una dimensión incalculada de estantigua esperando su turno para entrar en la eternidad. Puede que mi cerebro sea una montaña sin cima o un volcán extinguido, quién sabe, pero no dejo de creer en el milagro de las metamorfosis humanas. Qué terrible desazón, ser viejo, sentirse viejo y vulnerable y saber que todo es pretérito imperfecto. Ayer enterré bajo la tierra de una chopera mis últimos recuerdos, y lo hice sin sentir culpa o remordimiento, invocando al dios de la paciencia. Fue una ceremonia solemne donde no faltó la nostalgia y la lágrima atrevida, y hoy puedo levantarme de mi sillón de orejas sin necesidad de recurrir a mi bastón con empuñadura plateada de león veneciano. Por todo lo dicho, me siento renovado, cómplice de un panteísmo que me hace más fuerte y vigoroso. Si me viera Silvia con esa imagen de pirata seductor, diría que estoy loco de atar, que mis pantalones vaqueros comprados en un mercadillo hippy son enemigos del buen gusto para un anciano que debiera vestir mortajas de hombre acabado, pero como he dicho: hoy soy otro, las fuerzas me acompañan, porque no tengo pasado y la vida que me resta he de morderla a dentelladas como un tigre hambriento.

Silvia, mi compañera de viaje, la mujer que me enseñó a caminar por el mundo con paso seguro, sigue teniendo su espacio en casa. No he logrado desarraigarla de mi memoria, y por esa razón habita dentro de mí como un dulce parásito que se nutre de mi sangre. Quizá es el tributo que he de pagar por tantas noches de amor bordeando las regiones del delirio. No puedo dejar de sentirla cuando riego los geranios del balcón o bebo en la porcelana que ella misma escogió con mimo en aquel viaje a Sargadelos. Eso es lo malo, que los objetos de esta casa no pierden vigencia y exhiben un impudor dañino ante quienes sobrevivimos al paso del tiempo. La fácil retórica del superviviente, supongo.

No sé tramitar gestos de agradecimiento, ni siquiera puedo interpretar el papel estelar de muerto advenedizo cuando se reúnen todos ante mí, palmean mis hombros de vieja marioneta como en un ensayo de teatro escolar, y cantan a capela un *feliz cumpleaños* que suena a misa de doce y a despedida. Los próximos serán los ochenta, y espero que ese día mis hijos y mis nietos padezcan de abulia o se conviertan en pájaros mudos para evitar la incómoda tragedia de las celebraciones. No necesito homenajes, quizá porque me siento como un muchacho en su primera cita de amor. Si supieran cuánto odio esa pena que se refleja en sus rostros como una lumbre que les quema la frente... A esparragar todos, como se decía antes. Y eso de hojear catálogos de residencias en papel verjurado con fotos de enfermeras guapas, nanay de la china. Puedo valerme por mí mismo sin ayuda de hadas de bata blanca. Soy viejo, pero no idiota, como diría cualquier hombre que acusa recibo al paso del tiempo.

Ya he dicho que me siento joven, con esa disponibilidad de paje real para hacer de la inocencia un asunto de Estado, y las arrugan que cercan mi papada deben ser pliegues de un curtido que se transforma en paisaje húmedo y primaveral. Desearía fervorosamente que la chica de la tahona no me vendiera la hogaza de pan candéal como si me ofreciera la última hostia en un viático infernal, pero sé que esos milagros no están a mi alcance. Me mira con la arrogancia de un ángel de alabastro, y a mí me gustaría invitarla a buñuelos o flirtear en un baile de salón, haciendo claqué con mis zapatos con puntera negra y, después, besar sus labios con pasión desbordada para sentir el arrullo de un mar cercano. Supongo que soy víctima de un juego que quema tan pronto como tiendo la mano y agito un cubilete con los dados del azar. No es posible regresar en el tiempo, volver al estado de la crisálida y pensar que no ha sucedido nada extraordinario, pero este viejo decrepito puede elevar todavía castillos en el aire y construir bóvedas de luz bajo la tierra para sentir el flujo de la sangre.

Tomarme un café en la terraza de un bar desierto, mirar hacia el horizonte con mis lentes de poeta insustancial, tales son los lujos que puedo permitirme sin llamar la atención de mis conciudadanos. Un hombre de edad proveyta con bastón y sombrero de fieltro es sospechoso, quizá un espía de Su Majestad en misión secreta, un cimarrón de frontera al que hay que combatir con zotal hasta que caiga muerto igual que una cucaracha voladora. Es el terrible destino de quienes nos resistimos a ser tratados como niños idiotas vestidos con canesú para una fiesta de carnaval, y así

llegamos a vernos, pobres de nosotros, como mosquetones sin pólvora en una guerra que nos es ajena. Sé que si viviera Silvia todo sería más fácil, habría un espacio diáfano para la ternura, pero la soledad me convierte en un sátrapa sin ilusiones. Habito en un ruinoso palacio oscuro donde asomo el rostro todas las mañanas para ver un foso de cocodrilos. La vida me muerde.

Me pareció ridículo someterme al consejo de sabios orquestado en un domingo invernal por hijos y nueras, pero quizá el aburrimiento y ese desorden tan mío de pajarraco fuera de su jaula, fueron suficiente para dejarme caer por aquel centro de día para mayores que me pareció el primer día un nicho perfumado. Confieso que estaba equivocado. Bajo esa bóveda de luces blancas municipales hay tipos como yo, hombres viejos que tantean con mano temblorosa los ríos desbordados de la memoria, y no se está tan mal. Además, he conocido a Etelvina, una viuda setentera capaz de bailar un vals con el mismo diablo por un minuto de ternura. La belleza de ver sus ojos líquidos como pozos ocultos bajo su frente marchita, no tiene precio: *adieu l'arrogance*, que diría cierto poeta francés con tendencia a lo inexorable. Llevo tres semanas ensayando el foxtrot de las buenas intenciones, con mi pañuelo de dandi anudado al cuello igual que una paloma blanca, y he descubierto que hasta en las situaciones más difíciles hay puertas que se pueden franquear con solo desearlo. La voluntad es la mejor cizalla para romper cancelas, y solo espero que Silvia, mi amada esposa, no sufra un ataque de celos cuando invite a mi nueva princesa a un chocolate con churros en San Ginés. Como diría un buen amigo mío: *la vida sale al encuentro cuando menos lo esperas*, y solo hay que dejarse llevar por el instinto para recobrar el presente de indicativo, Lo demás no importa.